

CORAZONES SAMARITANOS

- MIREMOS LA REALIDAD

“Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne...”

Ez. 36, 26-28

Después de esfuerzos, sacrificios, peligros, violencia y miedos llegan los corazones cansados, decepcionados o también corazones rebeldes, duros a causa de tantas humillaciones y decepciones, de tantos hermanos migrantes que necesitan ser acogidos, apapachados, reconocidos, escuchados ...

Muchas veces pensamos que el migrante es una carga, porque necesita de todo, que viene a incomodarnos, se le mira con sospecha y a veces hasta con desprecio. Y nos olvidamos que ellos son personas con dignidad e hijos del mismo DIOS Padre, que buscan corazones samaritanos que frente a su estado de emergencia, sean capaces de encontrar una posada, donde puedan descansar sus corazones vulnerables.

A veces, se vuelven invisibles por muchos de nosotros, porque no queremos ser incomodados, cuestionados, o por miedo optamos de tener una conciencia, aparentemente tranquila, olvidándonos de ellos.

Sin embargo, nuestro hermano migrante siempre llegará a nuestra tierra chiapaneca por ser una zona fronteriza, por lo tanto, es imposible que no haya migrantes.

Y aunque: *“Las sociedades económicamente más avanzadas desarrollan en su seno la tendencia a un marcado individualismo que, combinado con la mentalidad utilitarista y multiplicado por la red mediática, produce la “globalización de la indiferencia”. En este escenario, las personas migrantes, refugiadas, desplazadas y las víctimas de la trata, se han convertido en emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos, puesto que se las considera responsables de los males sociales. La actitud hacia ellas constituye una señal de alarma, que nos advierte de la decadencia moral a la que nos enfrentamos si seguimos dando espacio a la cultura del descarte. De hecho, por esta senda, cada sujeto que no responde a los cánones del bienestar físico, mental y social, corre el riesgo de ser marginado y excluido.”*

PAPA FRANCISCO Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2019

Como Iglesia Samaritana no podemos tener los sentidos cerrados, sino abrírnos con esperanza a esta realidad, porque los migrantes nos plantean un desafío particular por una Iglesia sin fronteras que se siente **MADRE** de todos. Por ello, se exhorta a todos los países a

una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales.

La maldad y la violencia de nuestro tiempo acrecienta nuestro miedo a los “otros”, a los desconocidos, a los marginados, a los forasteros. Y esto se nota particularmente hoy en día, frente a la llegada de migrantes y refugiados que llaman a nuestra puerta en busca de protección, seguridad y un futuro mejor. Es verdad, el temor es legítimo, también porque falta preparación para este encuentro. El problema no es el hecho de tener dudas y sentir miedo. El problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro, con aquel que es diferente; nos priva de una oportunidad de encuentro con el Señor.

- ILUMINEMOS ESTA REALIDAD CON LA PALABRA

«Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció»

(Lc 10,33).

Lo que mueve a ese samaritano, un extranjero para los judíos, a detenerse, es la compasión, un sentimiento que no se puede explicar únicamente a nivel racional, es cuestión de educar el corazón para que sea sensible. La compasión toca la fibra más sensible de nuestra humanidad, provocando un apremiante impulso a **“estar cerca”** de quienes vemos en situación de dificultad, como una madre que siempre apuesta por la vida y no deja morir a nadie.

El cuidado tiene su impronta femenina, el cuidado nos hace mirar cuidadosamente el entorno, para dar respuestas inmediatas a las heridas de nuestra sociedad.

Como Jesús mismo nos enseña (cf. Mt 9,35-36; 14,13-14; 15,32-37), sentir compasión significa reconocer el sufrimiento del otro y pasar inmediatamente a la acción para aliviar, curar y salvar. Sentir compasión significa dar espacio **a la ternura** que a menudo la sociedad actual nos pide reprimir. Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humano: a reconocerse parte activa de un todo más grande y a interpretar la vida como un regalo para los otros, a ver como objetivo, no los propios intereses, sino el bien de la humanidad.

- QUE HACER FRENTE A ESTA REALIDAD

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10)

En esta afirmación de Jesús encontramos el corazón de su misión: hacer que todos reciban el don de la vida en plenitud, según la voluntad del Padre.

En cada actividad política, en cada programa, en cada acción pastoral, debemos poner siempre en el centro a la persona, en sus múltiples dimensiones, incluida la espiritual. Y esto se aplica a todas las personas, a quienes debemos reconocer la igualdad fundamental.

Por lo tanto, «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (S. Pablo VI, Carta enc. Populorum progressio, 14).

Papa Francisco nos recuerda que: *“la respuesta al desafío planteado por las migraciones contemporáneas se puede resumir en cuatro verbos: **acoger, proteger, promover e integrar**. Pero estos verbos no se aplican sólo a los migrantes y a los refugiados. Expresan la misión de la Iglesia en relación a todos los habitantes de **las periferias existenciales**, que deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Si ponemos en práctica estos verbos, contribuimos a edificar la ciudad de Dios y del hombre, promovemos el desarrollo humano integral de todas las personas y también ayudamos a la comunidad mundial a acercarse a los objetivos de desarrollo sostenible que ha establecido y que, de lo contrario, serán difíciles de alcanzar”*

Por lo tanto, no solamente está en juego la causa de los migrantes, no se trata sólo de ellos, sino de todos nosotros, del presente y del futuro de la familia humana. Los migrantes, y especialmente aquellos más vulnerables, nos ayudan a leer los **“signos de los tiempos”**.

A través de ellos, el Señor nos llama a una conversión, a liberarnos de los exclusivismos, de la indiferencia y de la cultura del descarte. A través de ellos, el Señor nos invita a reapropiarnos de nuestra vida cristiana en su totalidad y a contribuir, cada uno/a según su propia vocación, a la construcción de un mundo que responda cada vez más al plan de Dios.